

cho trabaxo, á causa del poco mantenimiento que avia, puesto que comiamos con mucha regla é tassa esso que teniamos.

Assimesmo mostró Nuestro Señor aqui el particular cuydado que tenia de nosotros pecadores, é nos quiso proveer en nuestra necesidad como en todas las demás que tengo relatado. É fué assi que estando con mucha hambre é debilitadas ya las fuerças de los españoles, acaesció por la dispusición de Dios que un dia, sobre tarde, el rio abaxo de la banda é costa de tierra donde se aderesçaba el bergantin, venia por el agua una vaca danta muy grande; y el capitan Francisco de Orellana mandó á ciertos compañeros que entrassen en el rio é truxessen aquella vaca. É assi se hiço; é se repartió entre todos, de manera que á cada uno le alcanço buena parte, con que recibieron socorro los dolientes é substentacion los demás. Allí en aquel realejo se hicieron clavos para adobar ambos bergantines é ponerles cubiertas é obras muertas, que no las tenian, para los poner á pique é tales que estoviesen para entrar en la mar. Esto se fué á haçer en una playa, pocos dias despues que salimos deste asiento; y en el mesmo tiempo que veniamos caminando á buscar la dicha playa é lugar aparejado é conveniente para adobar los bergantines, tomamos puerto en algunos pueblos, donde se halló pescado alguno, pero no mahiz; porque los indios lo tienen en mucho por esta costa, çerca de la mar, y esso que tenian, avianlo alçado.

Dia de Sanct Salvador, ques la Transfiguracion de Jesu Chripsto, Nuestro Redemptor, hallamos la dicha playa que buscábamos, adonde se adobaron muy bien los bergantines, é no con poco regocijo de nuestros españoles é capitan; é trabaxaron todos como en cosa que les importaba las proprias vidas. Tardóse en

esta obra é adobo de los bergantines catorçe dias de ordinaria é continua penitencia, por la mucha hambre é poca comida, porque avia poquito mahiz é faltaban todos los otros manjares: de suerte que llegó nuestra necesidad á comer por onças é dieta, temiendo la navegacion de la mar; é guardaba cada uno un poco de mahiz tostado que llevasse, é comia el marisco que hallaba, despues que menguaba la marea, que eran pocos caracoles é muy pequeños, é algunos cangrejos chiquitos; é no fuera pequeño contentamiento, si dessos halláran tantos que se pudieran hartar.

Concluyda la obra de los bergantines, salimos deste asiento, ocho dias andados del mes de agosto, hambrientos é bien ó mal proveydos, segund la oportunidad de nuestra poca posibilidad; porque sin dubda muchas cosas eran las que nos faltaban, assi de velas para los bergantines como de xarçia é todo lo demás necesario para navegar. É para suplir en alguna manera estas faltas, hicimos las velas de las mantas del Perú que teniamos, las quales cada uno tiraba á sus propios indios que venian entre nosotros; é assi vinimos á la vela el rio abaxo con mucho trabaxo é viento contrario, dando bordos é aguardando las mareas para mejor caminar, é continuamente truximos sobresalto é temor, á causa de los muchos baxos que por el rio se hallaban. É lo que mas nos congojaba era no tener anclas para ninguno de los bergantines para surgir, esperando, como era necesario esperar, á las mareas quando el agua abaxasse; é como surgiamos sobre poçales hechos de piedra é de palos, acaesció muchas veçes yr garrando los bergantines, con peligro de dar al través.

Quiso Dios por su bondad, no mirando á nuestros pecados, de nos sacar destes peligros, é haçernos tantas merçedes que

permitió que no muriésemos de hambre ni padeciésemos naufragio, del qual estovimos muy çerca muchas veçes, hallándonos en seco ó encallados en tres palmos de agua; de manera que era necesario que todos los compañeros saltassen al agua para sacar é desencallar los bergantines que pudiessen nadar. É segund las veçes que tocaron en tierra é los golpes que sufrieron de mar al través, puédese creer por çierto que Dios de poder absoluto nos quiso librar, para que nos enmendásemos, ó para otro misterio que su Divina Magestad guardó para sí, que los hombres no alcançamos.

Continuamente el rio abaxo hallamos pueblos de indios, donde nos proveiamos de alguna comida, aunque poca, porque la tenian los indios escondida; é á no hallarla, á lo menos de algun mahiz é rayçes, todos peresciéramos de hambre. É assi salimos muy flacos é faltos de bastimentos de aquel asiento, donde se acabaron de aderesçar los bergantines.

En los pueblos de suso dichos nos esperaban los indios varones, como gente más doméstica que los de arriba, sin arcos ni flechas ni otro género de armas; é pareçia, segund las señas é meneos que haçian, señalando las barbas é façiones é vestidos de los chripstianos, que nos daban á entender que allí çerca avia españoles perdidos ó poblados. Y esta noticia é señas perseveró entre los indios de los más pueblos que hallamos hasta salir del rio, espeçialmente á la boca por dó salimos dél, donde hallamos ciertos indios domésticos de unos pueblos que estaban en la mesma boca: los quales venian á rescatar con nosotros á los bergantines algun pescado, como gente que lo avia hecho otras veçes. Estos mesmos indios nos dieron noticia más claramente que desde allí avia tres dias de navegacion para la costa hasta donde estaban aquellos chripstianos.

Antes que saliésemos á la mar estovimos en esta boca del rio un dia é una noche, donde se hicieron buen cable é ciertas sogas para la xarçia de los bergantines; é como se avian hecho á remiendos siempre, avia que remendar en ellos; é si en alguna parte nos proveiamos de algunas cosas, en otras partes no las hallábamos. É como las más cosas de que nos proveiamos, eran contrahechas é por mano de hombres sin experiencia é no habituados á tal arte, turaban muy poco; é como no se hallaban en cada parte, era necesario venir labrando é proveyendo á saltos. Desta forma en una parte se haçia la vela, en otra el timon, en otra la bomba y en otra la xarçia; y en cada cosa destas, en tanto que no la teniamos, era estar á mucho peligro.

Dexo de decir otras muchas cosas de que careçiamos, assi como de pilotos é de marineros é de aguja del navegar, que son cosas necesarias, que sin qualquiera dellas no hay ningun hombre, por falta que sea de buen juicio, que ose navegar, sino nosotros, á quien esta navegacion se ofresció por caso, é no por voluntad nuestra.

Tardamos veynte é quatro dias en llegar á esta boca del rio, y en todos ellos nunca nos llovió ni tovimos aguacero, que fué espeçial favor de Dios.

Esta boca del rio tiene de ancho, de punta á punta, quatro leguas, é vimos otras bocas mayores que esta, por donde salimos á la mar; é segund raçon de hombres expertos é la muestra quel rio haçia de muchas islas é golphos é bahias, çinquenta leguas atrás antes que saliésemos, bien se manifestaba quedar otras bocas á la mano diestra, como veniamos, por dó tovimos mayor mar é más brava, aunque era el agua dulce, que todo lo que caminamos despues en el agua salada. É todo nuestro desseo era intentar é procurar de tomar la tierra é costa firme

de la mano siniestra, como veníamos, para salir por allí á la mar, porque creíamos que desta manera hallaríamos antes pueblos de chripstianos, pues avíamos de caminar por la costa de la mar sobre la mano siniestra, como veníamos, hasta llegar á la isla de Cubagua ú otro qualquier pueblo de chripstianos; é con toda la diligencia que se puso en buscar la tierra firme del rio nunca se pudo ganar: de suerte que nos fué forçado salir entre islas de una banda é de otra por la boca sussodicha.

Aquesse grandíssimo rio, segund he procurado de me informar con mucha solitud entre hombres que han corrido esta costa de Tierra-Firme, é han entrado por algunos rios della, no he podido alcançar determinadamente qué rio sea de dos, porque unos dicen que el de Huyapari é otros el Marañon; porque hay quatrocientas leguas hasta esta isla de Cubagua desde donde salimos á la mar; é segund vimos tiene junto todo el rio, donde en ella entramos, más de quarenta leguas de latitud, é cresce é mengua en la dicha boca más de cinco braças. La suma que desde el pueblo de *Corpus Chripsti* tienen las leguas hasta la provincia de la hierba, serán trescientas leguas, pocas más ó menos, é todas las de nuestro viaje, desde adonde salimos perdidos hasta llegar á la mar, son mill é quinientas é çinquenta leguas. Estas sin las que avíamos andado, quando determinamos de buscar la mar, por no poder volver al real de Gonçalo Piçarro, que eran otras çiento é çinquenta leguas, que son en todas hasta la mar mill é septeçientas leguas. Assi que, con otras quatrocientas que hay hasta Cubagua, son dos mill é çient leguas las desta peregrinacion nuestra, que como es dicho se hiço impensadamente.

Salimos del sussodicho rio para entrar en la mar sábado de mañana, antes del alba, á veynte é seys dias del mes de

agosto, é híçonos tan buen tiempo que nunca llovió ni nos molestó aguacero. Caminamos por la mar juntamente ambos bergantines en conserva quatro dias, y el dia de la colacion de Sanct Johan Baptista, en la noche, se apartó un bergantin del otro de tal manera que no nos pudimos ver hasta Cubagua (que por otro nombre se llama la isla de las Perlas), donde llegó el bergantin pequeño, llamado *Sanct Pedro*, sábado nueve dias del mes de septiembre, é nosotros llegamos en el bergantin mayor, nombrado la *Victoria*, el lunes adelante, que se contaron onze dias del mesmo mes de septiembre. É assi ellos como nosotros, los del un bergantin é los del otro, como no teníamos pilotos ni agujas ni cartas de navegar, truximos torçida la navegacion, é mucho más los que veníamos en el bergantin mayor; porque los del menor perdieron quatro dias de navegacion é nosotros siete en el bergantin de la *Victoria*.

Los del pequeño bergantin se detuvieron por entrar por las bocas del Drago, creyendo que aquel era su camino, é si entráran, halláranse engolphados donde apenas pudieran salir, como nos acaesció á nosotros, que por nuestros pecados entramos donde ellos no pudieran entrar, permitiéndolo Dios que los queria librar del peligro en que nosotros nos vimos, engolphados en un rincon infernal siete dias con sus noches, trabaxando los compañeros con los remos por salir por donde avíamos entrado. Y era el viento tan por la proa é tan rescio que nos haçia perder en una hora lo que avíamos ganado en todo un dia. Allí se nos avia acabado la comida, é nos vimos en tanta necesidad, quel que alcançaba diez granos de mahiz tostado para comer, creia que tenia buen pasto aquel dia.

Plugo á Nuestro Señor de nos sacar fuera de aquella cárcel que he dicho, é aunque tovimos calma, en saliendo, por

espacio de dos dias, estábamos alegres, dando gracias á Dios, confiando en su misericordia que nos llevaria presto donde hallásemos gente de nuestra nasçion. É cómo en nuestro viaje tan prolixo siempre nos guió el Espiritu Sancto, sin meresçerlo nuestras obras, assi agora singularmente, seyendo el mesmo Dios nuestra guia é camino, nos llevó despues que nos dexaron las calmas en dos dias de-rechamente á la nueva cibdad de Cádiz en Cubagua, donde como es dicho hallamos á los compañeros que vinieron en el bergantin *Sanct Pedro*; é no fué poca alegría para el capitan Francisco de Orellana é los demás, que no sabíamos dellos é veníamos con temor que se oviesen engolphado, como nosotros híçimos.

De una cosa estoy informado é muy çertificado: que assi á ellos como á nosotros ha hecho Dios grandes merçedes é muy señaladas, en nos traer hasta aquella isla en salvamento, porque avemos navegado por la costa más peligrosa é más brava que hay en todo este mar Oçeano. É á salir en otro tiempo de invierno se toviera por milagro nuestra salida, si llegáramos donde agora estamos en esta cibdad é isla ya dicha, donde avemos seydo tambien rescibidos de los pocos veçinos que al pressente hay en ella, como suelen los buenos padres rescibir á sus hijos; y en esto muestran bien ser hombres que han passado por semejantes trabaxos.

Yo fray Gaspar de Carbajal, el menor de los religiosos de la sagrada Orden de nuestro religioso padre Sancto Domingo, he querido tomar este poco trabaxo de escrebir el subçesso de nuestro camino é navegacion, assi para deçir é notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones á muchos que por ventura querán contar ó escrebir esta nuestra peregrinacion de otra manera, ó al revés de como lo avemos passado é visto. Y es

verdad que en lo que aquí he escripto me he assaz copilado é acortado, porque la prolixidad engendra el fastidio, y el fastidio causa menospresçio é contradice la auctoridad é crédito que deben aver las auténticas relaciones; pero assi superficial é sumariamente he relatado la verdad en todo lo que yo ví é ha passado por el capitan Francisco de Orellana é por los hidalgos é personas, ó çinquenta compañeros que salieron del real de Gonçalo Piçarro, hermano del marqués don Francisco Piçarro, gobernador del Perú, álias Nueva Castilla. Sea Dios loado.

Dize el historiador é acomulador destas nuevas materias:

Yo hablé en esta cibdad de Sancto Domingo al capitan Francisco de Orellana; é llegó aqui un lunes, veynte é dos dias del mes de noviembre de mill é quinientos é quarenta y dos años, é con él el comendador Chripstóbal Manrique, natural de la cibdad de Cáçeres, é Chripstóbal de Cáçeres, natural de la villa de Torrejon de Velasco, é Alonso Gutierrez, de Badajoz, é á Fernand Gutierrez de Çelis, natural de la montaña é del mesmo lugar dicho Çelis. É hablé á otros hidalgos é personas, que se hallaron en este descubrimiento con el dicho capitan Francisco de Orellana, natural de la cibdad de Truxillo; é dél é de algunos dellos supe, que demás de sus particulares devoçiones, siempre llamaron é se acordaron en sus peligros é trabaxos, que por ellos passaron, de Nuestra Señora de Guadalupe, é aun se votaron é prometieron de yr en romeria á su casa, quando á la Madre de Dios pluguiesse de darles lugar para ello.

He puesto aqui esta memoria porque soy amigo de dar testigo de lo que escribo; y he desseado ver aquel religioso fray Gaspar de Carbajal, de la Orden de los Predicadores, questa relacion escribió; y estos cavalleros hidalgos me di-

xeron que se avia quedado á descansar en la isla de la Margarita: é digo que holgara de verle é de conoscerle mucho; porque me paresce que este tal es digno de escrebir cosas de Indias, é que debe ser creydo en virtud de aquellos dos flechaços, de los quales el uno le quitó ó quebró el ojo: é con aquel solo, demás de lo que su auctoridad é persona meresce, ques mucho, segund afirman los que

le han tractado, creeria yo más que á los que con dos ojos é sin entenderse ni entender qué cosa son Indias, ni aver venido á ellas, desde Europa hablan é han escripto muchas novelas, á las quales en verdad no hallo yo otra comparación más al proprio que á palabras de papagayos, que aunque hablan, no entienden ninguna cosa de lo quellos mesmos diçen.

CAPITULO XXV.

Del naufragio é maravilloso subcesso que intervino á un reverendo canónigo de la sancta iglesia catedral desta nuestra cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, é á otras personas que en este trabaxoso trançe se hallaron, del qual escaparon por la misericordia de Dios de la manera que aqui se dirá.

¿Qué vida ni pluma ni lengua puede bastar para reçitar ó escrebir los peligros desta peregrinación é humana habitación, en que tan obligados están los que viven en este valle de lágrimas? Bien sentia aquel doctor sarcto aquesto, quando dixo: «Esta vida, es vida de miseria, vida caduca, vida incierta, vida trabaxosa é no limpia: esta vida es señora de los malos é reyna de los soberbios, llena de miserias é de espanto: ni es vida ni assi se debe llamar, sino muerte, en la qual en un momento morimos por diverssos mandamientos é defettos, é muchas generasçiones de morir han».

Porque sea verdad esto que diçe Sanct Augustin, no se puede negar, ni persona humana lo debe contradecir, assi por los innumerables acaescimientos que en todas las mares é tierras del mundo han subçedido, como por lo que en nuestros tiempos en aquestas Indias, en tan poca cantidad de años, se ha experimentado é visto, é yo en parte he escripto en este último libro de la *General historia destas nuestras Indias*. Con la qual relacion pensaba dar fin á estas materias en el capítulo preçedente; é cómo la novedad del naufragio que agora diré, es tan re-

ciente y extremado, no puedo excusarme ni dexar de le poner aqui, para que los fieles chripstianos con esta leçon, den gracias á aquel en cuya mano está la muerte é la vida de los hombres; é aun porque me paresce que ningun cathólico puede oyr tal lectura, sin que le tiemble la barba, si no está muy desacordado de sí, ó no ignora ques mortal é que continúa su curso para yr á parar en el fin que todos ignoran é ninguno debe dexar de tener. Vengamos, pues, á contar en breves palabras esta verdadera narración colmada de miraglos.

Notorio es que la cobdiçia de los que se ocuparon en la pesqueria de las perlas en la isla de Cubagua é la Margarita, provincias é costas que llaman de Paria é de Araya é de Cumaná, se dieron tan buen recabdo é pusieron tanta diligencia en agotar é arrancar é haçer estéril tal granjeria, que çessó quassi de todo punto el tracto della, é se despobló la isla é la desampararon los más de los que en ella se avian aveçindado, ó que por allá residian é cursaban, por cobdiçia de las perlas.

Passados algunos años, descubriéronse algunas pesquerias dellas en la mesma costa, más al Ocidente, en el cabo que

llaman de la Vela é por allí, é passáronse á poblar allá algunos de los veçinos de Cubagua, é otros que fueron de Sancta Marta é desta nuestra Isla Española é de otras partes, é truxéronse aqui é lleváronse á España muchas perlas. Á la fama del qual nuevo descubrimiento armaron muchos desde aquesta cibdad, é con mucha costa; y entre otros un reverendo padre, canónigo desta sancta iglesia, llamado Garçia de la Roca, despendió muchos dineros para esta granjeria, assi en navios é canoas y esclavos nadadores como en mantenimientos é otros gastos; é dió cargo de su hacienda á un pariente suyo que allá envió. Despues, ó por no le responder bien con la cuenta é lo proçedido de las perlas, ó por otro fin qualquiera que le moviesse, acordó de yr en persona á ver cómo aquella pesqueria se exerçita, é á poner cobro en su hacienda: é añadiendo costa á costas ó gastos nuevos á los que tenia hechos, con todo el mejor aparejo é proveymiento que pudo se embarcó en el puerto desta cibdad un lunes á las ocho horas de la mañana, á los veynte é siete dias del mes de Noviembre del año passado de mill é quinientos é quarenta y dos de la Natividad de Nuestro Redemptor Jesu Chripsto; aviendo priméramente dicho ú oydo missa y encomendándose á Dios, como buen sacerdote, é aviéndose encomendado en las oraciones de otros religiosos para que su viaje subçediesse bien é á serviçio de Nuestro Señor. É partióse á la hora ques dicho en una caravela, de que era maestro un Álvaro de Ballesteros, é por piloto un su compañero, llamado Johan Gonzalez, con muy próspero é largo viento; é desta manera é mucho á su plaçer navegaron todo lo restante de aquel dia hasta una hora antes quel sol se pusiesse ó que la noche llegasse. É aquella hora dieron á la bomba, como lo suelen haçer los navegantes, é hallaron quel navio ha-

çia mucha agua, pensando hasta estonçes que la caravela estaba sana; é como este trabaxo fué tan súpito, començó la gente á alborotarse, porque el agua que entraba por baxo en el navio era mucha; é como yba muy cargado é apretada la mercaderia ó lo que llevaban, ni tenian lugar ni tiento para hallar el agugero ó rotura por donde se anegaban. Á este ruido, como el canónigo estaba metido en su cámara de popa, é aun almadrado, salió presto é preguntó al que gobernaba é tenia el timon en la mano, que qué cosa era aquel escándalo é alteraçion que la gente toda tenian; y el timonero le dixo:—«Señor, háse descubierto un agua, que nos da trabaxo». Luego el canónigo començó á requerir al maestre é al piloto, que pues no avia ocho horas que avian salido deste puerto, que se volviessen á él á se reparar ó salvar donde pudiesen tomar desta costa; é importunidades del canónigo, dixeron que era mejor que arribassen sobre una canoa que llevaban en compañía, de un Gaspar Fernandez, mercader, para decirle si se queria volver con los otros de la caravela, la qual estaba continuando su camino é yba poco más de un tiro de ballesta desviada á sotavento. É haçiendo é diciendo todo fué uno, é llegaron á la canoa al tiempo quel sol se escondia de su horiçonte: y estándole diçiendo que seria bien que volviessen á Sancto Domingo, respondieron los de la canoa, que eran solamente quatro hombres, que no, sino que siguiessen el viaje todos juntos, para que si nesçessario fuesse, socorriesen los unos á los otros.

En este punto un marinero començó á decir á voçes que el agua estaba ya sobre la cubierta é que se yban á fondo; estonçes los de la caravela començaron á decir á voçes á la canoa: «Á bordo, á bordo, á bordo: que nos anegamos». Estaba la mar assaz alterada de grandes olas, é